

Prólogo

Héroes azules sobre la nieve

Las ruedas sobre las vías del tren gritan ¡arriba España! Van hacia el Este y van alegres. Los de la División Azul son voluntarios, saben por qué van a combatir, cosa que muchos soldados de hoy en día no lo tienen tan claro. Ignoran que son la última hazaña de España. Que van a estar a la altura de los Tercios de Flandes. Sí saben, en cambio, que esa división lleva a España a la gloria. Una historia de amor forjada en acero.

Su valor y heroísmo, sin saberlo, permitió que España mantuviera la neutralidad en la II Guerra Mundial. No se entró porque hubo quienes lo hicieron por todos y esos fueron los de la División Azul, los españoles que intervinieron en la epopeya fundamental del siglo XX.

Una orden reglamentaria les prohíbe usar prendas no reglamentarias. Su jefe, en respuesta, se ha puesto el cuello de la camisa azul, neta y proletaria, por encima

del de la guerrera. Todos le imitan. Sus uniformes son abigarrados: cisnes, flechas, emblemas de la Legión... Y el azul de sus ropas dará nombre a la División.

Y bien pronto los españoles demostraron que son formidables, que su ímpetu y fervor son tales que se convierten en un enemigo temido por el Ejército Rojo. Las operaciones de la Cabeza de Puente, los combates de Possad, Posición Intermedia, Lago Ilmen, Teremez, Bolsa del Voljov, Krasny Bor, Ladoga... son una contribución generosa de sufrimiento y valentía. Una entera gesta de armas que – aún hoy – asombra al mundo. Cinco mil españoles se quedaron para siempre en Rusia, revalidando con sus cruces de madera las cruces de hierro.

Su buen hacer ha hecho que muchas unidades de élite europeas las quieran de vecinos. ¿Quiénes son esos tipos que gritan y cantan?, ¿cómo corren hacia la muerte con la bayoneta calada?, ¿por qué resisten el empuje de enemigos muy superiores en hombres y en material?

Manuel Maqueda nos lo cuenta, en imágenes y palabras. Él es hijo de divisionario y su biografía personal no se aleja de la de muchos voluntarios de la División 250. Nos trae la vida y la muerte de los últimos héroes que fueron a combatir a los molinos de viento de Stalin porque ellos sí percibían que eran gigantes de la muerte, de la represión, del odio por bandera. Nos trae la admiración de esos hombres implacables en el combate, generosos con la población civil, con los prisioneros, fueron y son caballeros de España. Llevaron la luz a la estepa, risas sobre la nieve manchada con su sangre, con la sangre con que escribieron una página de honor y de gloria por su Dios, por su Patria y por su Fe.

Una historia para pagar, un poco al menos, la que tú nos cuentas en este libro, Manuel. Durante la batalla de Rocroi, la que perdieron los Tercios, el anciano conde de Fuentes se hizo llevar en litera al campo de batalla porque no se sostenía en pie. Exterminado, el tercio español formó el cuadro en torno a esa litera con sus banderas y artes. Cuando lo vio el príncipe de Condé, jefe de los gabachos, el

cuerpo del conde español estaba acribillado y sobre él reposaban todas las banderas y estandartes españoles, a su alrededor los cadáveres de sus hombres muertos en combate. El príncipe de Condé, ante esta escena, murmuró: "Si no hubiera ganado me hubiera gustado morir como él". Ese espíritu del Tercio estaba en las almas de los divisionarios.

Más vale encender una luz que maldecir en las tinieblas. Gracias por mantener viva la memoria de los guripas, Manolo.

Uno de tantos

Mi nombre es Manuel Maqueda, hijo orgulloso de la historia del voluntario Fernando Maqueda Valbuena. Voluntario de la primera hora, enrolado en las filas de la División a raíz de aquella famosa frase de Rusia es culpable.

Hablo en nombre de mi padre, hoy en día un anciano. También lo hago en el nombre de muchísimos divisionarios anónimos, que he conocido a lo largo de mi vida. Divisionarios que al acabar la guerra regresaron a sus quehaceres civiles, sin reclamar prebenda alguna por su paso en la División.

Estos divisionarios, los pocos que quedan entre nosotros, ven enturbiada la realidad del porqué fueron a luchar a tierras lejanas contra la bestia roja, en su propia guarida.

Ven como la verdad, su verdad, es sacrificada en aras de la corrección política, incluso algunos descendientes de ellos se permiten el atrevimiento de prostituir su memoria, falsificándola miserablemente, tan sólo para recibir algunas monedas del actual staff de manipuladores históricos. Sostenidos, no por sus meritos, sino más bien por su servidumbre a políticos sin escrúpulos.

En defensa de la memoria de mi padre y la de la mayoría de los voluntarios, es por lo que cuento su historia. Historia que no es producto de la imaginación, si no de la memoria, memoria que, además, está perfectamente documentada y por lo tanto es verificable. Sin más, paso a dar la palabra a este divisionario que en realidad cuenta su historia pero que podría ser la de cualquier otro divisionario:

"Nací en Badajoz el 28 de agosto de 1920. Soy hijo de Daniel Maqueda, un ingeniero agrónomo y de María Valbuena, ama de casa. La guerra me sorprendió en Madrid cuando estudiaba el bachillerato en el Instituto San Isidro, uno de los más antiguos de España, si no el que más. Al ser mi padre ingeniero, y católico, la seguridad familiar empezó a estar amenazada. El peligro y el acoso de las milicias rojas aumentaban día a día. Los registros y vigilancias eran constantes y por ello mis padres decidieron huir a Barcelona donde pasaríamos desapercibidos. Allí mi padre tenía algunos amigos. Una vez en Barcelona mi padre me matriculó en el instituto lo que me hizo visible a la administración, ninguno pensábamos que eso podría tener consecuencias negativas para mi, sin embargo las cosas marchaban mal en la zona roja y pronto la república echó mano de los niños para defenderla, eso hizo que los rojos me movilizaran por mi edad en la famosa quinta del biberón, del 41- mientras

la cosa se redujo a la instrucción y a labores de retaguardia soporte el estar en un ejército que evidentemente no era el mío”.

“Y menos después de ver escenas en la retaguardia que manchaban todo aquello en lo que yo había sido educado y que atacaban frontalmente mis creencias, no ya religiosas, si no simplemente humanas. en mayo de 1938. Me enviaron al frente a una unidad que entró en fuego al comienzo de la batalla del Ebro. Cruzamos el río y traté de aprovechar algún descuido para pasarme al bando nacional pero no lo conseguí; era muy peligroso. La oportunidad tardó en llegar pero al final lo logré el 5 de enero de 1939 cuando mi batallón guarnecía un pueblo en el frente de Artesa de Segre, en Lérida. El pueblo se llamaba Tudela de Segre. Los nacionales habían comenzado su ofensiva para la liberación de Cataluña y empujaban fuerte hacia el Este. Por la parte de Artesa de Segre comenzó la preparación artillera nacional y entre las fuerzas rojas la moral y la tensión en la vigilancia decrecían. Al amanecer se corrió el bombardeo hacia nuestro sector y aproveché la oportunidad para cruzar la tierra de nadie hacia zona nacional. No fui el único. Nos llevaron a los pasados y a prisioneros republicanos en un campo de concentración en León...